

Viajeros fortuitos

(Ezusteko bidaiariak)



Poemas

**original en euskera y traducción al español:
Jose Mari Zendoia Sainz**

1.- Era la ciudad nocturna

El poeta, miedo a la vida,
el filósofo, embestida.
Los ángeles, alas sí,
pero incapaces de volar.

Quería verlo todo
y cayó el telón oscuro.
Sobre la gran ciudad
cubriendo el mundo incluso.

Elevar la pesada tela
izándola con ambos brazos.
Parecía huir el invierno
extendiendo la era negra.

Es igual, vamos allá,
el afán no es sosegado.
Cuando estemos de regreso
tendremos causa de vida.

2.- Perdimos tanto

En un futuro lejano,
más remoto incluso,
los científicos todavía tendrán tendencia a morir:
deseo de fallecer en camas solitarias,
en el infinito que agrupa a todos los infinitos,
en los tiempos fríos por venir
en que los predicadores expliquen por planetas y galaxias
la doctrina de supuestos dioses terrenales.
Pero quienes vivimos en esta época incierta
tenemos aún en nuestras manos,
entre los libros de papel amarillento,
el testimonio del poeta que viajó a la metrópolis de su tiempo.

Aún nos queda trabajo colocando cada uno en su ciudad
las palabras emocionantes que leímos,
pero lo que tenía que decir se me extravió por el camino.
Recordad un nombre de ficción,
Robert Frobisher tal vez,
y quien no se enamore que lo diga en alto.

Tanta vida en blanco y negro,
tantos grises coloreados en la ciudad,
tanto fue lo que perdimos.
Contemplaba un edificio
que me estropeaba las vistas,
ah, luego me dijeron que lo había hecho el artista
que en sueños nos fijaba formas sólidas y movibles,
fuera de tiempo –para mí–.
Tantas veces estuvimos fuera de lugar,
ciegos ante lo que ocurría.
Perdimos la mirada, perdimos la perspectiva,
la malicia para colaborar con ancianos músicos.
Ah, pero quienes fuimos sus amigos
tendremos después un final más triste
en el vano intento de buscar mundos mejores.

Un ángulo contra el cielo,
no existe nada más bello.

3.- Dioses inmortales

Sobre la casa en la terraza estrellas noche negra
una melodía, estoy solo,
las farolas de la calle luz espectral en puertas y ventanas

Dos líneas subrayadas en las páginas pares
hay que cambiar, estamos solos,
paranoia sin fe empapada en alcohol

El último invierno en que retorné junto al fogón
la vida, surgiendo bajo tierra,
el rey de colores una bofetada en mi cara

Los dioses no nos ofrecieron derecho a amar,
pues no sabían, al principio
que les robaríamos la ingenuidad de la ignorancia

Son espectros vacíos en la búsqueda inútil de la muerte
desde entonces, están solos,
en busca de nuestra capacidad de amar y morir

4.- Oculto mundo interior

El valle entero comienza a nublarse,
nuestro interior, nuestros rincones también
se esconden de las miradas indiscretas.

Suerte tenemos de mantener, sujetas por las neuronas,
aquellas cosas que pasan por nuestra mente,
las ideas y pensamientos que creamos en el cerebro.
A veces invisibles para nosotros
pero siempre inalcanzables para los demás
mientras no les abramos la puerta.
¿Qué ocurriría si a la vista de todos
quedasen nuestras creencias,
reflexiones, odios y amores?
¿Cómo sería la sociedad, cómo cada uno de nosotros,
si todos los pensamientos que tenemos guardados,
las ocurrencias repentinas, las intenciones a corto o largo plazo,
los sentimientos más íntimos,
si todas estas cosas estuvieran sin obstáculos
visibles para los demás?

Cubrimos con bruma
nuestros rincones maravillosos,
para protegernos del mundo,
para poder avanzar, para sobrevivir.

5.- En el túnel del tiempo

De gris granulado en superficies calcáreas
son las nubes inabarcables de hoy,
bajo ellas la luz semiopaca
cae como hilos de metal.

La luz agujerea los rayos sólidos
para poder ver lejanas cumbres olvidadas,
los surcos del camino gastados en el túnel
nos llevaban a un épico futuro.

Al otro lado de las cumbres, en el puerto de mar
entre la espuma salada de la calima
nos hospedamos hacia el anochecer.

Soñando tumbados uno junto al otro
queriendo aunar lo que iba a ser el futuro
quedó gravemente colgada mi alma completa.

6.- Impotencia de la daga blanda

En el yunque de la ferrería
con fuerza pero suavemente el herrero
entre las herramientas que elabora:
cuchillos, navajas, espadas, puñales y dagas.

Pagado con monedas de oro
el puñal es llevado a palacio,
hermoso sobre el tapete de algodón,
en el estante central de la vitrina.

La hoja de acero de la daga
—amenaza y brillo en su finura—,
se ablanda súbitamente
como los relojes de Dalí.

Arma inútil
sin fin ni objetivo,
incapaz de llegar al corazón de nadie
reblandecida sobre el pecho.

Así, una impotencia indolente
para llegar a su corazón,
desidia para decir dos palabras gentiles
junto a la fuente del jardín.

7.- Piedra, flor, aire

El murete de contención en el camino de casa,
hierba parietaria, margaritas, maleza en general;
la vegetación se traga todo en la pequeña selva urbana.

Dos muchachas llevan una gran calabaza verde:
entre los árboles una única caperucita no,
son dos hermanas juntas a casa de la abuelita.

Desaparece la luz en los últimos días de verano
por el oeste, por donde entra la niebla marina,
llevándose consigo los rayos de vida hasta mañana.

Tomo una flor marchita de acebo de encima del murete,
dos piedras del seco surco izquierdo del camino
y aire, a los pulmones, de esta tarde enrojecida.

Sobre el escritorio los pedruscos tienen luz propia en el ocaso,
la flor marchita es blanca fuente de terciopelo en la cocina,
y el aire, ligero, limpio, lleno de ansiedad, ahora

devuelto en recompensa a la oscuridad húmeda de la noche.

8.- Horas

En la fina y frágil copa de cristal
el dedo crea música redonda,
en la casa de la señora Dalloway
el florero imágenes giratorias,
en las gastadas hojas del libro
la mirada un agujero negro fugitivo,
y en el colorido vestido de la escritora
la angustia un espanto tembloroso.

Podría pasar horas
escuchando aquel sonido que busca un equilibrio,
maravillado en idas y vueltas repetidas,
sin entender
la muerte,
el abandono,
el llanto seco.

Con veinte años me emocionó la música
en la copa de cristal,
y a otro mundo me llevó.
Doscientas mil horas después
el sonido del río junto a la cocina
me atravesó la vida de lado a lado,
y me devolvió a este mundo.
Y he sabido ahora, ¡ahora!,
que en el mismo beso van
el llanto seco,
el abandono,
la muerte.

9.- Argonautas fortuitos: El camino

¿Cuándo emprendimos esto? En el origen,
al dejar la metrópoli,
en la negra y oscura época del año,
en busca de algo, tal vez,
queriendo olvidar algo.

También entonces se congelaron de pronto las aguas de los ríos
y se hizo hielo el rocío del camino.
Nuestros pasos serían crujidos repetidos
si los hubiésemos podido dar,
pero como el rastro vaporoso dejado por un avión
en el cielo luminoso,
así perdieron continuidad
las huellas de nuestros pasos.
Se había roto la serie, inevitablemente.

Porque la casa quedaba lejos todavía:
la tibia sala de estar,
la hilera silenciosa de libros del anaquel esperando manos temblorosas,
la intención de sentarse en la butaca junto al fuego,
la lectura en las manos a la luz de la ventana.
Porque la casa, a lo lejos,
no era aún más que una atractiva utopía,
en el momento en que nos quemaba la piel
la radiación despiadada del sol,
con los pies clavados al suelo.

Y el frío, incluso al sol, el cruel frío.
Tanto frío que dolía, pegado a nosotros,
frío en la frágil piel y frío interior.
Como el agua en embestida indomable
desde las cumbres del blanco valle,
y del pantano reventado huida,
de aquella forma el viento golpeaba
las ramas de los árboles, las secas hojas del arbusto,
las pocas hierbas que osaban salir
tímidas entre la nieve.
La vegetación no podía casi
aguantar la fuerza de las ráfagas,
y así nosotros, incapaces de seguir en pie,
rindiéndonos a la fuerza del dolor
con las manos echadas a tierra.

Una imagen, en la mente;
más que meta, recuerdo,
angustia habitual traída de la metrópoli al campo.
Obstáculo, muralla que superar,
cadáver colgado en el cerebro.

En la soledad compartida
un único asidero,
templanza de ensueño,
afán de sosiego,
un poco de esperanza,
un deseo irrealizable.

En un lapso de cinco minutos, inquietos,
tuvimos que tomar una decisión, necesariamente.
Componentes de la blanca totalidad
caer muertos para siempre,
o espantar la pereza, el frío glacial,
el cansancio y la dejadez,
levantarnos, estirarnos y proponer
cada uno al otro: adelante.
Porque habíamos empezado hacia atrás,
antes que la causa del bramido,
cambiamos el camino, cambiamos el destino,
vayamos ya a casa, vayamos a la estancia,
no ocultemos la cruda soledad
al aire gélido, obstinado, incansable.

Pero continuamos inmóviles, cautelosos,
un poco más, tal vez por miedo.
Esperando alguna cosa,
un rayo de esperanza que iluminase los propósitos,
la fuerza para tomar firmes decisiones.
No es fácil abandonar ciertos lugares
y por ello surgió ante nosotros
una poza de agua caliente y sulfurosa,
para que nos quedásemos allá,
para que pasáramos una última noche
templándonos a la luz de las estrellas.

Después advertimos que todo aquello realizado
hasta entonces, de atrás hacia adelante,
no era lo correcto:
que primero ha de ser la causa, luego el fuerte grito.
Y para entonces habíamos gritado
en la nieve, en el vendaval, en la poza de agua.
No teníamos por qué buscar la causa,
ya surgiría ella sola, en el pasado,
y a falta de una razón para gritar,
por fin, alejados todos los temores,
nos dirigimos hacia la casa de la llanura.
Bosques blancos, brisa fina,
odio congelado,
soledad compartida.

10.- Argonautas fortuitos: Felicidad

Por tanto, allí estábamos, restaurando los restos destrozados.
Cerámica, vidrio, porcelana, madera,
en mil pedazos, la apariencia perdida en el aire.
¿Cómo recoger, juntar, unir el mundo dividido por la luna pálida?
¿Cuántas lunas vimos, llenas,
aquí y allá, en las metrópolis olvidadas
y entre las ramas frondosas de los hayedos?
Y ahora la falsa luz
tenía como único destino la lánguida soledad.
Y a la delicada luz de la luna,
aquellos miles de fragmentos centelleando,
un guiño a los que estábamos vivos,
un rayo de júbilo reflejado en los ojos del muñeco.

En el mar, también sobre las olas,
tras las líneas blanquinegras,
el reflejo de la luna lejana como estela de navío,
y el primer atisbo de promesa de un sol aún más remoto
sobre el horizonte.
El temor había caído por sí mismo desde el acantilado
y desaparecido contra las rocas,
la sombra bajo los tréboles del prado
convertida en refugio para nuevas flores,
tal era la evolución de la naturaleza
y la forma de nuestra fuerza interior.

Cuántos renglones perdidos en vano
junto a la lámpara polvorienta del salón,
bajo los rayos que vertían las cortinas del ventanal.
El cuaderno estaba medio lleno,
pero sobre las repisas de ébano no quedaban libros,
lo habíamos copiado todo en nuestras hojas ahora amarillentas.
Quisimos adivinar también el mecanismo de las grandes urbes,
recibimos lava de explosiones volcánicas y la flora completa,
disecamos la lechuza que venía al tejado del establo.
Buscamos las razones,
la calma posterior al flujo de los remolinos,
los residuos entre los estratos.

Nos quedaba la música, mi amor,
el eco de una vieja melodía
que nos devolvían las néveas montañas.
Unas palabras aún sin ser dichas
para sostener esta desequilibrada vida.
Disfrutar del rápido vuelo del petirrojo,
prever que está por llegar
el decimotercer episodio,
el hermoso haz de colores previos al crepúsculo.

La casa misma, cómoda y confortable,
podía ser eludida, pues solo era utopía,
era suficiente una única palabra, una sonrisa silenciosa.

Cuando encontré la causa de todo,
los gritos todos callaron de pronto.

Mientras las ramas de los árboles tejían la sombra
me brotó el deseo de decir alguna cosa,
ay, no quise echar a perder la magia del momento;
atentos al suave murmullo del viento,
ahí estaba la felicidad,
sin más, alrededor,
esto era todo, tu mano en la mía.

Viajeros fortuitos

(Ezusteko bidaiariak)

- 1.- Gaueko hiria zen (Era la ciudad nocturna)
- 2.- Hainbeste galdu genuen (Perdimos tanto)
- 3.- Jainko hilezkorak (Dioses inmortales)
- 4.- Barne mundu ezkutua (Oculto mundo interior)
- 5.- Denboraren tunelean (En el túnel del tiempo)
- 6.- Labana gurituaren ezina (Impotencia de la daga blanda)
- 7.- Harri, lore, aire (Piedra, flor, aire)
- 8.- Orduak (Horas)
- 9.- Ezusteko argonautak: Bidea (Argonautas fortuitos: El camino)
- 10.- Ezusteko argonautak: Zoriona (Argonautas fortuitos: Felicidad)

